

Image not found or type unknown



SACRAMENTOS PRIVADOS

Porque Dios puede querer escondernos su rostro

ECCLESIA

11_05_2020

img

Image not found or type unknown

**Riccardo
Barile**



Hay evaluaciones y reacciones sobre el Covid-19 relacionadas con la experiencia humana que los cristianos comparten siguiendo la regla: “Examinadlo todo; retened lo bueno” (1 Tes. 5:21). Luego hay evaluaciones de la fe de sólo los cristianos, por ejemplo, vivir Covid-19 como una oportunidad para practicar la exhortación de Jesús: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame” (Lc 9:23), en la confianza de que Jesucristo redimirá cada cruz y hará florecer la solidaridad, el servicio y la justicia hacia los más débiles.

En esta longitud de onda se sitúan el enigma y el dolor de las celebraciones inaccesibles. Y aquí los puntos de vista pueden diferenciarse: una cosa es razonar al quedarse en la propia casa y seguir las celebraciones y oraciones en la televisión o en Internet; otra es, como presbítero y religioso como el que suscribe, razonar bajando a menudo a la iglesia y viéndola vacía por horas. .

Al ver todos los días la nave con los bancos vacíos, a menudo una pregunta inquietante surgía de mi corazón: ¿Dios está escondiendo su rostro? Sí, los sacerdotes pueden ir a la iglesia cuando quieren y todos los días celebrar la Misa y la Liturgia de las Horas, ¿pero "los demás"? La pregunta es inquietante solo para aquellos que tienen fe y confianza en la Biblia y requieren algunas explicaciones.

Comencemos desde el hombre y desde un aforismo de Cícero († 51 a. C.): "*Imago animi vultus, indices oculi*, la cara es la imagen del alma y los ojos son los seguros indicadores" (De oratore 3, 59, 221), se hizo eco Sir 13:25: "El corazón de un hombre cambia su rostro tanto para bien como para mal" (Sir 13:25). Así, en la Biblia, el rostro representa a la persona y sus decisiones profundas: "Me doy cuenta por el rostro de tu padre que ya no es como antes conmigo" (Gen 31.5); "Muera yo ahora, ya que he visto tu rostro" (Jacob a su hijo José: Gen 46:30); "Toda la tierra procuraba ver la cara de Salomón" (1 Reyes 10:24), etc.

Es verdad que Dios le dijo a Moisés: "No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá" (Ex 33, 20) y nadie puede entender completamente a Dios excepto Dios mismo. Pero también es cierto que Dios, en el lenguaje de las Escrituras, ha asumido la imagen humana de la cara para hablarnos sobre sí mismo y de las relaciones que establece o trunca con nosotros. En primer lugar, las relaciones de amistad y protección: "Mi presencia irá contigo" (Éxodo 33:14), asegura a Dios en el desierto. Entonces "Dios hablaba con Moisés cara a cara, como quien habla con un amigo" (Éxodo 33:11) y no solo con Moisés, sino con toda la gente: "Cara a cara habló el Señor con vosotros en el monte de en medio del fuego" (Deuteronomio 5:4), finalmente prescribiendo para bendecir así a la gente: « El Señor haga resplandecer su rostro sobre ti y tenga de ti misericordia; el Señor alce a ti su rostro y te conceda paz" (Números 6:25-26).

Sin embargo, el pecado del hombre puede hacer que se le retire el rostro de Dios. Así, Dios se expresó al hablarle a Moisés y profetizando los pecados de la gente en la tierra prometida a la que estaba entrando: "los abandonaré, y esconderé de ellos mi rostro, y serán consumidos (...) Empero yo esconderé ciertamente mi rostro en aquel día, por todo el mal que ellos habrán hecho, por haberse vuelto á dioses ajenos" (Deuteronomio 31: 17-18). Las citas en el mismo sentido son numerosas: "Fijaré Mi rostro contra ustedes" (Lv 26:17), el Señor "ocultará su rostro" (Mi 3,4), "el Señor estaba muy enojado con los israelitas, los barrió de su presencia (...) los expulsó de su presencia" (2 Reyes 17: 18-20), etc.

Todo esto también es cierto para el Nuevo Testamento. En positivo, si ahora vemos con confusión, cuando vendrá lo perfecto “veremos cara a cara” (1 Cor 13:12) y en la Jerusalén celestial los elegidos “verán su rostro”, es decir, la cara de Dios (Ap 22:4). En negativo, al final de los tiempos, Jesucristo volverá a castigar a aquellos que no reconocen a Dios y no obedecen el Evangelio con “pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder” (2 Ts 1:9).

El rostro de Dios se encarnó en el rostro de Jesús, quien incluso en la Transfiguración “la apariencia de su rostro se hizo otra... resplandeció como el sol” (Lc 9:29; Mt 17:2). Pero, dado que fue una experiencia “también” humana, como las cosas humanas pasan con el tiempo y, al momento de la Ascensión, Jesús “fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos” (Hechos 1:9) y hoy ya no es posible ver físicamente el rostro de Jesús como durante su vida terrenal. Y no es una pérdida, más bien es una bienaventuranza vinculada a la fe: “Bienaventurados los que no vieron, y creyeron” (Juan 20:29).

Sin embargo, hoy queda algo por ver: “Los misterios de la vida de Cristo constituyen los cimientos de lo que, ahora, Cristo dispensa en los sacramentos a través de los ministros de su Iglesia, ya que “lo que era visible en nuestro Salvador ha pasado ahora a sus misterios / *quod (...) Redemptoris nostri conspicuum fuit, in sacramenta transivit* (San Leon Magno, Sermón 74,2)” (CCC 1115). En este sentido, la II Oración Eucarística dice: “te damos gracias porque nos haces dignos de servirte”, en latín “*astare coram te*” o “estar frente a ti”. La Liturgia de las Horas del II Jueves de Pascua recuerda un texto de San Gaudenzio de Brescia († 410) según el cual los sacramentos, en particular la Eucaristía, deben celebrarse hasta el regreso de Cristo porque “los sacerdotes y todos los pueblos de los fieles tengan cada día ante sus ojos la viva representación de la pasión del Señor (*exemplar passionis Christi ante oculos habentes cotidie*)”. Santo Tomás de Aquino explica que la Eucaristía es sacrificio porque “es en un cierto modo una imagen “re”presentativa (*repraesentativa*) de la pasión de Cristo, que es una verdadera inmolación” (III, q 83, a1) y el Concilio de Trento repite casi literalmente que Jesucristo en la Última Cena dejó un sacrificio visible (la Misa) que “re”presenta el sacrificio cruento de la cruz (cf. D 1740).

Aquí estamos en el punto doloroso: el rostro de Dios se manifiesta en los Sacramentos y especialmente en la Eucaristía, pero son precisamente éstos los que son inaccesibles para la mayoría de las personas y, por lo tanto, a través de lo que sucedió y está sucediendo, parece que Dios ha retirado su rostro impidiendo los Bautismos, Crésimas - lo sé, se dice Confirmación, pero permítanme preferir Crésima, que recuerda el “crisma” -, Sacramento de la Penitencia, Ordenaciones, Matrimonios e incluso...

exorcismos (¡sé con certeza que un cierto número de exorcistas respeta el bloqueo!).

Lo sé, la objeción está a la vuelta de la esquina: “No digamos tonterías, no es Dios quien retiró su rostro, somos nosotros quienes simplemente no podemos ir a la iglesia debido al contagio”. De hecho, hay más, parece que el viejo adagio de que “Dios escribe derecho sobre líneas torcidas” se ha vuelto del revés. No, aquí las líneas parecen todas rectas: el contagio está allí y al no haber todavía las pruebas seguras de que sea producido en laboratorio, parece un contagio normal y el Estado tiene el deber normal de tomar medidas (en general válido, incluso si uno por uno pueden ser cuestionables). Los católicos (italianos) son reasegurados por los obispos y por el Papa para que cumplan con las disposiciones anteriores con respecto a las celebraciones. Sí, las líneas son todas rectas, pero la conclusión está torcida: ¡el rostro sacramental de Dios ya no es accesible!

En este punto, aquellos que tienen fe enfrentan un misterio del cual surgen dos preguntas: “¿Cómo es que Dios permitió esto? Y entonces, ¿no es que el demonio no esté involucrado o al menos no se lo disfrute (salvo la autonomía de los factores naturales y las personas humanas)?”. A la segunda pregunta es fácil de responder: “Sí, el diablo se lo disfruta”. La respuesta a la primera pregunta es más compleja. Ciertamente, incluso si Dios permitiera y no quisiera esta situación positivamente, de acuerdo con los textos bíblicos, la privación y la retirada de su rostro (sacramental) están relacionados con el olvido y el abandono, es decir, los pecados contra él y contra el prójimo.

Todos están invitados a reflexionar mirando un poco hacia atrás: pensemos en las injusticias sociales, que son la primera disputa -no la única- dentro del cual San Pablo ha escrito que quien no reconoce el cuerpo del Señor “come y bebe el juicio de Dios sobre sí mismo” (1 Corintios 11:29); pensemos en la caridad y la aceptación que incluso al interno de de la compañía eclesial a veces adolece; pensemos al alejamiento de los Sacramentos y de la Misa dominical, ya sea por diversión, por trabajo o por negligencia; pensemos en las desviaciones sexuales que ya no se reconocen como "desordenadas" y a una insano dominio de la vida (aborto y eutanasia); pensemos en muchos desequilibrios doctrinales; pensemos en una serie de absoluciones sacramentales y comuniones que “no se hicieron”; pensemos en el abuso litúrgico y el estilo de algunas Misas que no evocan la experiencia de Moisés frente a la zarza ardiente, sino la oficina parroquial, el oratorio, la cátedra con un profesor divirtiéndose, el foro para hacer política, etc. y ante lo cual quizás Dios dijo: "¡Basta!".

Y aquí surge una objeción adicional: suponiendo que esto sea cierto, de hecho, no se considera desafortunado a aquellos para quienes la Misa festiva formaban/forman

parte de las elecciones opcionales, sino a las buenas personas que iban a Misa y quisieran ir y, en cambio, se ven privadas de ella. ¿Cómo puede Dios permitir tal injusticia? Precisamos: a partir de los textos bíblicos mencionados anteriormente, la privación del rostro sacramental de Dios concierne a un pueblo o una comunidad y no puede atribuirse en detrimento de esta o aquella persona que, si es santa, continuará inundada de gracia divina, incluso si experimentará, al menos en la forma externa, un daño social. Podría aducir consideraciones filosóficas y teológicas complejas, pero prefiero detenerme en un dato más simple, misterioso y al mismo tiempo profundo: tal vez Dios permita el sufrimiento de estas personas santas porque son las que están más dispuestas a orar para que Dios convierta corazones y regrese para mostrar benevolentemente su rostro. Y la oración, a partir de la exhortación: "Buscad al Señor y su fortaleza; buscad su rostro continuamente" (Salmos 105:4), dirá: "no escondas de mí tu rostro, para que no llegue yo a ser como los que descienden a la sepultura" (Salmos 143:7), "Dios, ten piedad de nosotros y bendícenos, que tu rostro replandezca sobre nosotros" (Sal 67:2). De hecho, todos debemos rezar coralmente de esta manera: "Por tu bien, Señor, haz que tu rostro resplandezca sobre tu santuario devastado" (Daniel 9:17), simplemente reemplazando "vacío" por "devastado". En resumen, "el que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía" (Ap 22:11), también se aplica en tiempos del Covid-19.

Nota: Aparte de las citas bíblicas, la interpretación que he dado no está inspirada ni revelada, ni es la única posible, por lo que quien no la comparte tiene todo el derecho de rechazarla. Sin embargo, vivimos no solo en certezas inspiradas y reveladas, sino también de hipótesis razonables y del discernimiento a partir de las Escrituras y no se dice que toda "narrativa" católica deba necesariamente ser de izquierda o de centro-izquierda.